



Esto lo escribo para ti, que estás aprendiendo a leer y a escribir.

O para ti, que ya sabes, pero que alguna vez te has preguntado por qué las letras suenan como suenan.

¿Por qué la **h** es muda, la **g** a veces suena de una forma y a veces de otra? ¿Por qué la **c** a veces suena como la **s** y a veces como la **q**? ¿Por qué algunas letras, como la **j** y la **g**, a veces suenan igual?

En fin, te voy a contar una historia que explica en parte la causa de tanto enredo. Resulta que hay una culpable y ella se llama:

¡El hada de los sonidos!

He aquí la historia.

En el comienzo de los tiempos, hace miles de años,
cuando las personas todavía no conocían las palabras,
se comunicaban con gestos y ruidos.

En el cielo, encima de una nube, en un bellissimo castillo,
vivían las letras.



Allí, ellas volaban por toditas las habitaciones,
sobre las escaleras, entre salas y comedores.

Pero todo era silencio absoluto. Volaban sueltas
sin hacer ruido. Nada, ni siquiera un «¡shhhh!»,
ya que eran mudas, es decir, no emitían sonidos.



Ocurrió entonces que, mucho más arriba del castillo, en otra nube mayor, la reina Lengua mandó llamar a la mayor de sus hijas.

Pero Gramática (así se llamaba) estaba ocupada haciendo oraciones. Mandó llamar a la segunda, pero estaba ocupada haciendo un diccionario.

Llamó a la tercera, pero esta tampoco podía, así que la reina Lengua no tuvo otra opción que llamar a su cuarta hija, Fonética, quien acudió de inmediato.

—¡Fonética!

—¡Sí, madre! —dijo la cuarta hija emocionadísima, ya que muy pero muy pocas veces su madre la llamaba para ordenarle algo.

Y esto se debía a que ella era requetedistraída.

